

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—ATENEO DE CÁDIZ, por D. Francisco Flores Arenas.—DISCURSO, por D. Adolfo de Castro.—CACERÍAS EN RUSIA, por D. E. C.—AL ATENEO GADITANO, por D.^a Margarita F. de Izaguirre.—EL POLLO DEL CARDENAL DUBOIS, por D. A. de B., *conclusion*.—GEROGLÍFICO.

ATENEO DE CADIZ.

Funcion en obsequio á su socio de mérito el soldado D. Francisco Lopez Conejero.

Lucida como la que mas, interesante cual quizá no otra, fué la solemne funcion que con el espresado objeto tuvo lugar la noche del martes último en el bellissimo local del Ateneo. Ni pudiera ser de otro modo, puesto que habia sido dictada por un pensamiento generoso y grande, por un pensamiento patriótico en fin; puesto que se consagraba á la celebracion de un hecho sublime.

Recuérdese ante todo que cuando el ilustre y esforzado capitan general del ejército de Africa participó al Ateneo haber adjudicado la medalla de oro al ya dicho bizarro cazador del regimiento del Rey, aquella corporacion espresó al vencedor de Tetuan su vivo deseo de conocer al que habia juzgado digno de tan alta honra, suplicándole le otorgase breve licencia para pasar á Cádiz; cosa á la que el general accedió para cuando lo consintiesen las perentorias atenciones del servicio. No fué olvidada esta promesa, y ha pocos dias que sin dar lugar á preparacion de ninguna especie se presentó en Cádiz el soldado en cuestion, honrado con la compañía de su valentísimo cuanto simpático brigadier el Sr. García y Torres, bajo cuyo mando tanto se ha enaltecido la gloria del primer regimiento de la infantería española, es decir, de esa infantería asombro un tiempo de la Europa, y que aun hoy si puede acaso hallar algo que la iguale, no reconoce nada que la exceda en ninguno de los ejércitos del mundo.

El compromiso del Ateneo en este caso fué de pura sinceridad y afecto: fácil se presentaba, por tanto, el salir de él honrosamente. Habia corazones que sintiesen, habia almas que admirasen,

¿qué mas faltaba para que la funcion fuese digna de su objeto?

En efecto, á la hora prefijada una concurrencia numerosísima obstruia el magnífico salon de espectáculos, rebosando además hasta la sala de descanso, galerías y jardin, el cual se hallaba profusamente iluminado por vasos de colores y farolillos de brillantes y caprichosas formas. Durante los intermedios tocaba en este ameno sitio una banda militar, y á él convidaba con su frescor agradable una de esas deliciosas y purísimas noches de verano que difícilmente se hallan en otra parte mas que en las costas andaluzas.

Inauguróse el acto con el bello himno á la guerra de Africa, letra de nuestro distinguido amigo Don Miguel Ayllon y Altolaguirre, presidente del Ateneo, y música del acreditado artista Sr. Odero, director de la orquesta. Los señores que en él tomaron parte lo hicieron con el poncho y el ros de nuestros valientes; con ese poncho y ese ros que se han hecho tan gloriosos en la última memorabilísima campaña, y que trasmitidos por el lápiz y el buril del artista, son ya hoy conocidos de la Europa entera, á par de las hazañas de los que los vistieron.

Terminado el himno se ejecutó la linda comedia de Breton *Un francés en Cartagena*, desempeñada con notable acierto por los individuos de la Academia de declamacion, y en seguida tuvo lugar la parte mas importante del acto, porque era aquella en que habia de presentarse en la escena, en union de la Academia de literatura, donadora de la medalla, el socio de mérito del Ateneo D. Francisco Lopez Conejero, el rey de la fiesta.

Al levantarse el telon apareció en la escena la referida Academia, presidida por el Sr. D. Adolfo de Castro. A su derecha se hallaba sentada la señorita Doña Cristina Cortes, académica de la misma, y ocupaba el primer lugar á la izquierda de la mesa el Sr. Lopez Conejero vestido con el característico poncho de campaña. Su rostro franco, noble y modesto á la par, su marcial continente, su faz tostada, su humilde pero glorioso trage, ennoblecido por la cruz de San Fernando que lleva al pecho y que tan bien ha sabido ganar, todo en fin atraia la curiosidad y cautivaba la atencion de la concurrencia, que al verle prorumpió en aplausos,

recibidos por él como quien cree no merecerlos. Los demás señores, vestidos de etiqueta, ocupaban las sillas dispuestas al efecto en el escenario.

Al señor brigadier García Torres se le había señalado la primera tribuna, y aunque tenazmente rehusó este puesto que de derecho le correspondía, al cabo le fué forzoso ceder. Acompañábale el Sr. Masnata, hoy presidente del Ateneo por ausencia del Sr. Ayllon, bien así como algunos señores gefes y oficiales. Otros muchos de estos se hallaban mezclados con el resto de la concurrencia.

El Sr. D. Cayetano Bodoy, secretario de la Academia, dió lectura al oficio que en aquella sazón dirigió al Ateneo el Excmo. Sr. general en gefe del ejército de Africa; oficio en el cual se trascribe la comunicacion que le había sido transmitida por el general del primer cuerpo referente al hecho de armas del soldado en cuestion. Allí se refiere cómo este bravo militar, hallándose en guerrilla con su compañía durante la empeñada y gloriosa accion del boquete de Anghera, echando de menos al volver al reducto á su amigo y compañero Molina, y sabiendo que había quedado herido en un barranco que ya ocupaban los moros, armó la bayoneta, y solo, sin mas auxilio que el de Dios y su esforzado ánimo, se lanzó á la defensa del amigo, al que salvó trayéndolo á hombros, así como su armamento, y logrando dejarlo en paraje seguro despues de una lucha encarnizada. Su general manifestaba que siendo esta una accion de aquellas que no bastan á galardonar ni los ascensos ni el dinero, creia que solo un premio especial y extraordinario pudiera transmitir á la memoria este sublime rasgo de abnegacion y de valor heróico, por lo cual rogaba á S. E. se sirviese adjudicarle una medalla de honor que tenia entendido que una corporacion científica había destinado para premio de algun hecho insigne. El ilustre vencedor de Marruecos no solo accedió á los deseos que por aquel gefe se expresaban, sino que dispuso que la medalla de honor regalada por esta Academia de Literatura fuese entregada al cazador Lopez Conejero al frente de banderas para ejemplo y estímulo de sus compañeros de armas. Propúsole además á S. M. para la cruz de primera clase de la órden de San Fernando, y en su consecuencia nuestra augusta Reina lo nombró caballero. Esto era lógico: Dios ya lo había hecho antes noble: háiale dado aquella nobleza que es la única base de todas las demás; la nobleza del alma.

Mientras duró esta interesante lectura todos los ojos se fijaban ávidamente en aquel jóven héroe, todos admiraban aquel gran corazón. Una salva de aplausos estalló al terminar el maravilloso relato de tan ilustre hecho.

Recitáronse en seguida las composiciones poéticas escritas al efecto, cediéndose, como era justo, el primer lugar á la de la Srta D.^a Cristina Cortés, la cual dijo la suya con esa entonacion perfecta que la distingue y que tanto hace resaltar el mérito de sus versos. Leyeron en seguida los Sres. Zappino, Lara, Vassallo, Sañudo, Abarzuza y Ramos. Sus poesías fueron todas muy aplaudidas, y todas merecieron

serlo, porque eran dignas del alto objeto á que se consagraban. Mucha parte de estos loores alcanzó al bravo regimiento del Rey y al valiente gefe que ha sabido conducirlo á la victoria. Erá un homenaje legítimo al valor, á la disciplina y á las virtudes de este brillante cuerpo.

En seguida levantóse el Sr. de Castro y con él los individuos de la Academia, dando aquel lectura á un breve y elocuente discurso tan galano en las formas como rico en sentimiento, dirigido al Lopez Conejero, terminado el cual puso sobre la cabeza del soldado una bellísima corona de laurel que había recibido de manos de la Señorita D.^a Cristina Cortés. Este fué un momento indescriptible. Las palmadas, los vítores atronaban el salon y brotaban lágrimas de todos los ojos, entre ellos de los del veterano brigadier, que en pie en su tribuna saludaba con efusion vivísima á aquel á quien había enseñado á ser héroe. Este último, en el colmo de su emocion, solo pudo dar con voz conmovida un viva al pueblo de Cádiz.

Era aquel sin duda un sublime espectáculo. Una corporacion distinguida, hombres notables por su talento y por su posicion, un público numeroso y escogido, Cádiz en fin asociándose por el deseo á este solemne acto, ofrecian un homenaje de aprecio, de admiracion, á un simple soldado. ¿Qué mucho? en él lo ofrecian á la virtud, á la gloria del español ejército; de ese ejército que al volver de su maravillosa campaña de Africa ha hallado en todas partes laureles para la frente de sus guerreros, flores para sus piés.

Con la pieza *Mal de ojo*, excelentemente ejecutada, y con la repeticion del himno debia terminar la funcion de aquella noche. Sin embargo, cediendo al comun deseo se improvisó un baile que prolongó por algun tiempo mas la duracion de tan excelente rato.

En los intermedios la concurrencia corria á solazarse en el jardin, en cuyo frente, y entre luces de colores, había una inscripcion dedicada al regimiento del Rey, en la persona de su digno gefe.

Solo una cosa faltó: esta fué la presencia del Sr. Ayllon, primer promovedor de esta fiesta, y alma del Ateneo gaditano. Ausente hoy en Madrid, estamos seguros de que habrá lamentado como nosotros el no haber podido tomar una parte activa en un obsequio por cuya realizacion tanto había trabajado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Discurso leído por el Sr. D. Adolfo de Castro, Presidente de la Academia de Literatura del Ateneo, en el acto de coronar al soldado D. Francisco Lopez Conejero.

Noble soldado, ya habeis oido los cánticos del mas puro entusiasmo, con que la Academia de Literatura ha saludado vuestra presencia en el Ateneo.

Ella, al entregar al ilustre general O'Donnell una medalla de oro, que sirviese de recompensa al valor heróico de un soldado que en un rasgo de ab-

negacion cristiana salvase de la muerte ó del cautiverio á un compañero, parece como que habia presentido vuestra accion generosa.

Vos fuísteis su ideal: la hazaña aun no se habia ejecutado y ya existia el premio para vuestra hazaña.

Digno sois de todo aplauso, digno de la estimacion de las gentes, sabedoras de quien sois y que sabiendo quien sois, saben ya lo que fuísteis y saben lo que valeis.

En medio del peligro, habeis demostrado que conocéis que el que huye á la voz de la compasion, ese huye juntamente de Dios. ¡Infeliz del que de Dios huye, pues ese huye sin saber ni tener adonde!

No se dirá jamás, no, valiente soldado, que habeis apartado de la infelicidad vuestro rostro. Por eso, siguiendo constante por el camino que os traza vuestro propio ejemplo, estad seguro de que jamás Dios apartará de vos su rostro, porque nunca aparta Dios el suyo de quien vuelve por su honor en los trances terribles de la vida y se convierte en instrumento de su providencia para proteger á los mortales.

La Academia de Literatura se honra al veros hoy en su seno. Recuerda que Bernal Diaz del Castillo, uno de los primeros historiadores de la conquista de Méjico, fué soldado: recuerda que soldado fué Vicente Espinel, el insigne poeta inventor de la décima: recuerda, en fin, que Miguel de Cervantes Saavedra fué soldado igualmente.

No habeis cultivado las letras como ellos: no son las letras, pues, las que os traen á este recinto con la corona del talento en las sienas.

Pero teneis para nosotros otro título tan glorioso: el haber merecido el premio que las letras de Cádiz ofrecieron al valor unido á la piedad en la guerra de Africa.

En medio de los triunfos que celebraba la antigua Roma á los generales vencedores, se veian coronados de laureles los soldados que gran parte tuvieron en sus inmortales victorias.

Recibid, pues, soldado generoso, esta corona que os ofrece la Academia, como símbolo de fortaleza y de virtud, corona que en vos recibe tambien el heroico regimiento del Rey, corona que os vé ceñir vuestro denodado y aguerrido gefe, que en esta recompensa mira con la mas dulce satisfaccion el fruto de sus desvelos en pró de un cuerpo tan brillante, el fruto, en fin, del ejemplo que sabe dar con su constancia y virtudes militares á los soldados que lidian á la sombra de sus banderas.

En cumplimiento del mas grato deber, os ciño esta corona. De las manos de un caballero, pasa á recibir el sello de la inmortalidad á las sienas de quien al par de caballero, es no solo el héroe del valor, sino tambien el héroe de la generosidad.

CACERIAS EN RUSIA.

La caza del oso es para los rusos una verdadera pasion, y cuando se habitúan á esta peligrosa diversion no renuncian á ella por nada de este mundo.

Lo primero que ofrece un ruso á todo extranjero es una partida de caza de osos.

Si el extranjero es cazador, generalmente acepta.

Así le sucedió al conde de V... que dos años hace sostuvo valerosamente el honor de su pais, dejando en Rusia un recuerdo de su valor, que muchas generaciones de cazadores referirán con admiracion.

La citada cacería tuvo lugar en los estados del Conde A... en el departamento de Novogorod.

Los actores de la escena que vamos á referir eran el conde de V... el conde de B... encargado de negocios de Holanda, y el conde de S... caballero de S. M. I.

Se tenia noticia de una enorme osa que estaba criando.

Sabido es que el oso, como todos los demás animales, es mas valiente cuando tiene la querencia de la cria.

Convenidos ya, se dió principio á la cacería, colocando á cada cazador bien armado con su escopeta de dos cañones y un magnífico cuchillo de monte; acompañado de un mongik con una lanza muy aguzada de unos seis piés de longitud, y adecuada para recibir al oso en el caso de embestir al cazador.

No tardó en presentarse un oso, se puso de pié, y despues pasó por delante del conde de B... que del primer tiro lo hirió ligeramente: entonces continuó su camino dejando rastro de sangre sobre la nieve, y fué á pasar por delante del conde de V.... Este, á cuarenta ó cincuenta pasos de distancia, le disparó los dos tiros, con los cuales lo arrolló enteramente.

Cuando oyó los tres tiros el conde de S... que estaba á cien pasos de allí, con dos escopetas cargadas, él una y un criado la otra, creyendo que los que habian disparado estarian tal vez apurados, envió á su criado con una escopeta en direccion de donde acababa de oír los tiros.

En efecto, viendo el conde de V... venir al ayuda de cámara con una escopeta cargada, la toma, deja la suya y se fué á perseguir el oso.

Era muy fácil poder seguirlo porque iba dejando tras sí un inmenso reguero de sangre; se interna en el bosque el conde de V... seguido de su mongik, y debilitado por sus tres heridas se detiene el oso para tomar aliento: lo ve el conde de V.... se adelanta hasta la distancia de cuarenta pasos, apunta é hizo fuego; el oso dió un rujido, y en vez de huir se vuelve y acomete al tirador; el conde impávido conserva su puesto sin embargo, y le asesta el segundo tiro; pero no habiéndole tocado continuó la fiera su carrera con mas rapidez.

No teniendo mas armas que un yatagan por tener la escopeta descargada: esperar lo seria temeridad, y lo que hizo fué huir seguido de su mongik hácia donde estaba el conde de B...; pero el oso perseguia á los fugitivos con paso mucho mas veloz.

El conde de V.... que era jóven y ligero se habia adelantado mucho al ruso aldeano, y á pesar del atolondramiento que llevaba, le pareció oír un grito detrás: se volvió y no vió mas que al oso, porque

el aldeano al ser alcanzado se habia sumergido en la nieve con la cabeza de fuera entre sus dos brazos.

El oso se precipitó sobre él; el pobre aldeano no gritó mas, ¿y para qué habia de pedir socorro? ¿cómo habia de imaginarse el desdichado que un noble, un caballero de las circunstancias del conde de V... que nada perdía al perderle, arriesgase su vida por salvar la de un pobre mongik? pero se engañaba; por lo mismo que era noble y caballero, fué por lo que su corazón se conmovió á la idea de ver morir en su presencia á un hombre sin socorro, aunque este hombre fuese un esclavo.

— Oh no! — se dijo á sí mismo y lo repitió en alta voz como para animarse y no zozobrar — no, eso jamás sucederá: desenvainó su cuchillo, saltó sobre el oso, y le hundió el acero hasta el puño entre las espaldas.

El oso se volvió hácia este nuevo é inesperado adversario, y de un golpe con su enorme manopla lo echó á sus piés.

El conde que no habia abandonado su arma en aquella difícilísima situación, lo heria en la nariz y en la lengua; pero afortunadamente, en lugar de ahogarle entre sus brazos se cebó el oso en morderle, mientras el conde se engolfaba en herirlo.

Después ha dicho que en esta lucha desesperada no veía mas que los ojos del oso inyectados de sangre, y la boca mordiendo tan cerca de sí, que heria maquinalmente y sin descanso, y que si esta lucha espantosa hubiera durado un minuto mas no habría quedado para contarla.

De repente oyó que lo llamaban, y reconoció la voz del conde de B..., el cual acudía y se acercó como á diez pasos, y estando el conde de V... metido en nieve hasta la cintura, oye un tiro, y le parece que una montaña se desplomaba sobre él, y sin embargo seguía hiriendo.

A pocos instantes sintió que lo tomaban en brazos y lo sacaban como de una prensa: eran los condes de S... y B... que lo sacaban de debajo del oso.

En cuanto al mongik, este no se habia movido mas que el animal que estaba muerto, aunque se hallaba perfectamente vivo, lo sacaron de la nieve y lo pusieron en pié; y al ver al conde de V... sano y salvo, creyendo deberle la vida á este bondadoso caballero, que pudiendo haberlo dejado devorar tranquilamente y haber huido, por salvar la suya habia arriesgado su existencia y libertarlo, se arrodilló delante de él y le besó los piés llamándole padre.

El oso fué conducido en un trineo con toda ceremonia.

Por la tarde al regresar á la casa el conde de V... quiso devolver al de B... el yatagan que le habia prestado; pero este lo rehusó, y el conde de V... le dió una moneda de veinte copechs para seguir la creencia rusa que no permite que un amigo dé gratis á otro un arma punzante ó cortante, por lo que el conde de B... la tomó y la hizo incrustar en la culata de su escopeta, y el padre de este hizo pintar por un famoso artista un cuadro que representa la escena y el retrato del conde de V...

Habia un cazador de osos que se hizo célebre

por su valor, que podia rivalizar con los Gerard, los Gordon Cunning, &c, &c.: era un caballero de muy noble figura y veinte y seis ó veinte siete años, un verdadero gladiator romano de formas esbeltas y elegantes, de unas fuerzas prodigiosas bajo una delicada apariencia y una estatura mediana, que hubiera podido por la buena proporción y perfección de sus formas servir de modelo á un estatuario; su color vivo y animado, sus ojos de una dulzura femenina, tenían en los momentos que se animaban una expresión de fiera deslumbradora; en fin, su cara era un óvalo perfecto sombreada por cabellos castaños oscuros, y barba de color mas claro que los cabellos: era hijo de un almirante al servicio de la Rusia, y que habia servido tambien en un regimiento de coraceros de la Guardia Imperial: se llamaba Hanulton.

La pasión que Hanulton tenia por la cacería, le hacia cometer algunas faltas en el servicio; pero con su carácter amable y firme al mismo tiempo, se habia hecho apreciar de tal modo de sus camaradas, y aun por sus mismos gefes, que todos le ocultaban sus defectos para librarlo de los castigos á que se hacia acreedor.

La fuerza atlética de que Hanulton estaba dotado, y que se disimulaba por sus delicadas apariencias, le hacia desafiar todas las fatigas, mientras que su valor le conducía á buscar todos los peligros: su astucia no era menos notable que su fuerza y su valor; su mano era segura, su mirada infalible; excepto el lince no habia ningun animal desde la becasina hasta el elan (variedad de ciervo) como asimismo el oso, á los cuales no hubiese muerto casi siempre de un solo tiro: por lo regular no cazaba á los animales grandes con escopeta, les atacaba cuerpo á cuerpo, particularmente al feroz oso, que era el único adversario, segun él decia, que habia encontrado en Europa verdaderamente digno de él.

El departamento de Olonete en las cercanías del lago Ladoga, á cincuenta ó sesenta versts de Petersburgo, era ordinariamente el teatro de sus hazañas.

Allí se estienden en efecto unos inmensos bosques, donde no hay trazado ningun camino; y no solo están sin explorar por los extranjeros, sino que están vírgenes de pisada humana. Estos bosques ofrecen abrigo impenetrable á los lobos, osos &c. Y como sus hermanos del nuevo mundo, solamente se puede penetrar en ellos con la brújula en la mano.

Pero Hanulton no se servia mas de la brújula que de la escopeta: tenia la vista, el oído y el olfato de un salvaje, y la perspicacia y el instinto.

Reconocía los cuatro puntos cardinales por la inclinación y aspecto de los árboles, cuyas ramas son siempre mas robustas, mas espesas y mas frondosas por el lado del mediodía. Ninguno reconocía como él la fecha positiva de una huella sobre la nieve; tocándola con la punta del dedo podia decir por la solidez ó blandura de la nieve si la huella era antigua ó reciente, y hasta á qué hora del día ó de la noche habia pasado el animal.

Cuando una vez partía, nadie sabía el día ni la hora de la vuelta de nuestro cazador, ni aun él mismo: algunas veces permanecía quince días, tres semanas, un mes, recorriendo el bosque sin guarecerse en habitación alguna, ni aun acercarse á ella, no teniendo otro abrigo que la bóveda brumosa ó helada del cielo, ni otra cama mas que la nieve, sobre la cual dormía envuelto en su pelliza, de modo que estas partidas de caza eran verdaderas expediciones, acompañado solo de dos aldeanos y sus perros.

Es verdad que estos dos aldeanos, compañeros, aficionados y fieles, eran de una fuerza y de un valor á prueba, muchas veces se habian socorrido unos á otros en el momento del peligro, y el señor debió su salvación á el aldeano, ó el aldeano al señor, librándose así mutuamente de la muerte.

El uno de ellos, sobre todo, era de una fuerza tan prodigiosa, que cuando un oso por grande que fuese moría, despues de desollarlo, enrollaba la piel fresca, y aunque pesase ochenta ó cien libras, la cargaba sobre sus espaldas, y añadiendo el peso de todo el bagaje de caza, se deslizaba con los piés calzados con patines sobre la nieve con tanta ligereza como si nada llevase encima.

Sea dicho de paso y como episodio de nuestro asunto, que el patin con que se corre por la nieve, no se parece en nada al patin con que se corre por el yelo: el patin para la nieve hecho comunmente de madera de tilo, teniendo el largo del pie, pero algunas veces de un metro y cincuenta céntimos de largo, es delgado y ligeramente levantado por los dos extremos: unos buenos patines son un objeto precioso para un cazador. Hanulton poseia un par que decia no los hubiera dado por la mejor escopeta del condado de Lancaster. Agreguemos que es preciso mucha habilidad y costumbre para servirse de estos instrumentos; Hanulton, tan diestro con sus piés como con sus manos, se servia admirablemente de ellos.

Los dos aldeanos que acompañaban á Hanulton pertenecian á aldeas de la corona, en las que Hanulton tenia costumbre de detenerse antes de emprender sus grandes expediciones: era conocido y adorado en estas aldeas como un amigo y como un bienhechor, porque mas de una vez el cazador de osos (Hanulton era conocido por este nombre) habia hecho reedificar á su costa sus moradas destruidas por el incendio, y repartía entre ellos las comodidades de la vida, abandonándoles el producto de sus cacerías.

Hanulton habia empezado por cazar al oso con escopeta; pero como ya hemos dicho, muy pronto le pareció que esta diversion era demasiado fácil, y necesitando por su natural índole de emociones fuertes, resolvió no atacar al oso en lo sucesivo mas que con lanza.

Iban él, los aldeanos y sus perros en busca de una cama de osos; y cuando encontraban alguna, ya para ellos mismos, ya para el socorro de sus perros hacian levantar al oso: algunas veces éste aceptaba el combate al momento, otras huía, y era lo frecuente.

Entonces toda la ventaja era para los cazadores, quienes con ayuda de sus patines se deslizaban rápidamente sobre la nieve, mientras que el oso se hundía en ella algunas veces hasta el pecho. Entonces era cuando empezaba el drama: uno de los dos aldeanos se quedaba atrás, encargado en recoger los diferentes objetos de que se desembarazaban en su carrera Hanulton y su siervo conductor, á veces á los 30 grados bajo cero del termómetro de Reaumur; su carrera era tan rápida y tenían tanto calor, que arrojaban sucesivamente sus escopetas, que llevaban consigo por precaucion y para un caso apurado, todos sus atavíos de caza, y en fin su pelliza, de manera que llegaban á perseguir al oso en mangas de camisa, con una lanza en la mano solamente.

El oso huía trémulo de rabia, con la mirada de fuego, la lengua de fuera, despidiendo de sus narices un espeso vapor, haciendo volar la nieve de su alrededor como un torbellino; por intervalos volviéndose y lanzando feroces ruidos y como decidiéndose á combatir; pero cuando ve á los cazadores próximos á alcanzarlo vuelve á emprender de nuevo su carrera: entonces semejante al indio que provoca á su enemigo al combate, el aldeano, con gran gozo de Hanulton, se ponía á insultar al oso para decidirlo á detenerse hiriendo su amor propio y gritándole: "cobarde, hijo de cobarde, yo he matado á tu padre y á tu madre; no esperes tener mas fortuna, espérame un poco y verás."

El buen hombre creía de buena fe que este era el mejor medio de obligar al oso al combate; y en efecto sucedía que no enfurecido por las injurias, sino rendido de cansancio el oso se detiene, entonces vuelve y viene hácia los cazadores para embestirles. En este caso el cazador á quien se dirige le hiere en la nariz con su lanza, en seguida el oso se levanta sobre sus patas, tendiendo los brazos para cojer entre ellos á su adversario y ahogarlo: Hanulton aprovechaba este momento para sepultarle su lanza en el corazon, ó mejor dicho, como hace el toro frente al lidiador, corria hácia él, y entonces tan pronto como era posible el otro cazador introducía su lanza por la misma herida para oponer una nueva arma mientras que el otro sacaba la suya á fin de que el animal se desangrase, lo que determinaba la muerte casi instantánea del animal; caía, se agitaba un instante dando terribles ruidos y espiraba.

Pero las cosas no pasaban siempre del mismo modo; Hanulton tenia en su armero una lanza, cuyo hierro casi tan grueso como la muñeca, habia sido torcido como un delgado alambre.

Un día Hanulton persiguiendo á un oso en un país interceptado, llegó á un arroyo cuya rapidez de corriente habia impedido que se helase, excepto en las orillas, el animal quiso atravesarlo de un salto; pero ó porque el arroyo fuese muy ancho, ó porque midiese mal la distancia, el oso cayó al agua sin haber podido llegar á la orilla: en este momento los cazadores lanzándose á una veloz carrera, y llevados por su ímpetu, vinieron á caer en el tor-

rente á pocos pasos del oso. Pero con la rapidez del rayo Hanulton se levantó, y antes que el oso hubiese tenido tiempo de aprovecharse de sus ventajas, lo traspasó con su lanza echándolo al suelo. El mongik casi con tanta prontitud y tanta destreza como él hizo otro tanto, y reuniendo ambos sus fuerzas lo tuvieron sumergido en el agua hasta que se ahogó.

Era un oso negro de los mayores de su especie, y el mas hermoso de los que Hanulton habia muerto hasta entonces. Hoy se halla en el gabinete zoológico de Lóndres, al cual lo regaló Hanulton: tiene muy cerca de ocho piés ingleses de alto. Juzgad qué fuerza necesitarian dos hombres para contener á tal monstruo bajo el agua, durante las convulsiones de la agonía que duplicarian las de la fiera.

Hanulton referia otra aventura, que por ser menos dramática no deja de ser curiosa.

Dos aldeanos le dijeron que una vaca muerta habia sido abandonada á cuarenta pasos de la linde de un bosque, y que por las tardes iba un oso á comer de ella.

Hanulton resolvió sorprender y matar al mero-deador.

Por tanto hizo un hoyo en tierra que cubrió con ramage frente del bosque á un tiro regular de escopeta, y se puso á esperar en su emboscada al goloso de carne fresca.

Era á fines de Mayo, en una de esas hermosas noches en que se vé casi tan bien á la hora de las mas profundas tinieblas que á medio dia: hacia una ó dos horas que nuestro cazador estaba emboscado, mudo é inmóvil, con la vista fija en la vaca y abarcando con ella una basta estension, y muy admirado de no ver nada en la estension que abarcaba con sus ojos de lince; de repente sintió en la espalda el calor de un aliento, y oyó respirar con fuerza junto á su oido.

El enemigo pues era el oso, que habiéndolo descubierto, desde muy lejos, dió un gran rodeo, y se aproximó al hoyo por detrás del cazador para reconocer lo que habia dentro, y esto con tantas precauciones y con tanto silencio, que Hanulton, el hombre que tenia un oido como el de un indio, no habia oido ni el crujido de una rama, ni el ruido de una hoja.

Pero entonces sucedió una cosa que Hanulton no esperaba, y fué que el animal asustado del descubrimiento que acababa de hacer, huyó tan precipitadamente en direccion del bosque, que se internó en él antes que Hanulton desembarazado de sus ramas hubiese tenido tiempo de apuntarle.

En fin fastidiado ya de haber muerto unos ciento y cincuenta osos ya con lanza ya con escopeta, exaltado por las relaciones de Gerard, de Degorge y de Gordon Cunning, acababa de tomar la resolucion de ir al Cabo de Buena Esperanza, á fin de penetrar por allí en Africa, donde pensaba cazar al elefante, la pantera y el leon.

Ya habia dado sus disposiciones é indicado á sus amigos el dia de su partida, cuando dos bellos ojos se atravesaron en su camino.

El futuro vencedor de las panteras y los leones fué vencido, y en lugar de partir para el Cabo, se casó con una linda jóven, la Señorita de Anderson, con la cual se retiró á vivir como pacífico propietario en un rincon de la Irlanda, donde no caza mas que zorras, liebres y agachonas.

¡Ojalá lectores queridos tengais un fin tan bello como el bello Hanulton cazador de osos.

E. C.

AL ATENEIO GADITANO.

No mas con triste acento
Mi descuidada lira
Sus ecos lance al viento,
Ni al númen que me inspira
Hoy turbe de mi pecho lastimado
El lúgubre lamento;
Que si plugo al destino,
Para mí siempre duro, despiadado,
Sembrar en mi camino
En vez de lindas flores
Abrojos punzadores,
Apagar no le es dado
La pura llama de entusiasmo ardiente
Que el Eterno nacer hizo en mi mente.

¡Oh Cádiz! patria mia!
¿Quién puede no admirarte
Y quién madre al llamarte
El corazon henchido de alegría
Latir no siente libre de agonía?

Reina del mar! cuán tierna y cariñosa
Al náufrago perdido
Tus brazos abres! Sin igual piadosa
Eres madre del huérfano afligido;
Del enfermo indigente
Tu caridad ferviente
Al par que la miseria y dolor calma
¡Cuán inefable paz vierte en el alma!

Si en épocas remotas
Ávida de riqueza
De tus hijos la dicha, la nobleza
Cifrabas en el oro
Y á regiones ignotas
Lanzabas atrevida tus bajeles:
Mas durable tesoro
Hoy les brindas ufana en los laureles
Que en el templo del arte
La justa mano del saber reparte.

Ya entusiasmada veo
De tus jóvenes hijos la arrogancia
Con que brilla en sus frentes el deseo
De abatir el poder de la ignorancia,
De ese gérmen odioso
De males inauditos
Torrente que arrebatá impetuoso
A abismos infinitos
Ese destello puro, refulgente,
Célico don de un Ser Omnipotente.

El alma. ¿Qué es el alma cuando yace
En abandono inerte?
Arido yermo donde solo nace
De estúpidas pasiones la semilla;
Donde sus olas bate
Revuelto mar en cuya negra orilla
Se agitan sin cesar monstruos horribles
Ansiando destrozarla
Y en el profundo abismo sepultarla.

¡Oh cuán distinto porvenir le espera
Si el criminal letargo sacudiendo
Acoge placentera
La bienhechora llama
Que el entusiasmo del saber inflama!

A sus gratos fulgores
En breve las espinas
Verá trocarse en envidiadas flores.
Y en su centro del bien las cristalinas
Aguas irán brotando
De la virtud el germen fecundando.

Por eso, patria amada,
Tú abriste presurosa
Del saber la morada,
Y á tus hijos con mano generosa
La senda les mostraste
Y la sed de instruccion les inspiraste.

Pero mi débil voz nunca pudiera
Encomiar cual merecen
Esos nobles afanes! desfallecen
Mis ya cansadas fuerzas, que tan solo
Alentadas hoy miras
Por el amor ¡oh patria! que me inspiras!

Y vosotras, amadas compañeras,
Lindas flores nacidas
De esta culta ciudad en el recinto,
Vuestras frentes erguidas
Mostrad al mundo ufanas,
No con las pompas vanas
Que os ofrecen el lujo y la hermosura;
En mas sublime orgullo
Cifrad vuestra ventura;
De la preocupacion romped los hierros
Con que mordaz la crítica sujeta
El génio del *artista*, del *poeta*.

MARGARITA F. DE IZAGUIRRE.

El pollo del cardenal Dubois.

(CONCLUSION)

—Habla por fin sin ambajes ni reticencias, dijo el ministro.

—Voy á decirlo todo, monseñor, respondió el cocinero; pero es una larga historia, y es preciso que vuestra eminencia me prometa escucharla hasta el fin.

—¡Me impones condiciones, verdugo! Vamos, explícate y acaba pronto, porque tengo apetito y

me haces padecer el tormento de Tántalo.

—Lo contaré en dos palabras, monseñor. Habéis de saber que esta mañana ví pasar por el patio desde la cocina un gallardo jóven que parecia estar muy triste y abatido, y me dió compasion; porque sus facciones me recordaban la cara de un amigo que tengo en Soissons, mi ciudad natal...

—¡Al grano, al grano! exclamó Dubois.

—Sí, monseñor. Salí de la cocina, me acerqué al jóven y empecé á hacerle preguntas sobre preguntas. Díjome que salia de vuestra audiencia, que indudablemente vuestra eminencia le habia tomado por otro, que le habia maltratado de palabra, y finalmente despedido sin compasion. —¡Bah! le dije, no tomeis las cosas tan á pecho, porque no es tan fiero el leon como le pintan; y aunque monseñor tiene mal genio, pasado el primer rapto de cólera es manso como un cordero y lleno de bondad, generoso, compasivo....

—Es cierto, es cierto..... pero ¡déjate de circunloquios y rodeos!

—Poco á poco se anda mucho, monseñor; ya continúo. Entonces pregunté al pobre jóven lo que deseaba obtener de vuestra eminencia. — "¡Ah! me respondió suspirando, una plaza cualquiera en sus oficinas; traigo para monseñor cartas de recomendacion del obispo de Soissons y del señor intendente de la provincia; pero el señor cardenal no ha querido escucharme. — ¡Con que sois de Soissons le dije; pues sabed que estais hablando con un paisano vuestro. — En ese caso, me preguntó el jóven, conocereis á Gerónimo Gobain el pastelero. — ¿No he de conocerle, si es mi mejor amigo, mi compañero de infancia? le respondí; hace cuarenta años que nos conocemos, y hemos jugado juntos á la peonza en la plaza del convento de Mínimos cuando no éramos mas que marmitones del obispo. — Pues bien, ese Gerónimo Gobain es mi padre, respondió el jóven." Entonces, monseñor, salvo vuestro respeto, le estreché en mis brazos, y sin darle tiempo para mas explicaciones, me lo llevé á mi habitacion y le presenté á mi mujer y á mis hijas.

—¿Pero qué tienen que ver, hablador sempiterno y feroz, Gerónimo Gobain, la peonza y tu conversacion con ese jóven, con el alfiletero que he hallado en el pollo? dijo Dubois.

—Tened paciencia, monseñor, que ya estamos á mas de la mitad del camino. Cuando estuvo en casa, el jóven acabó de explicarse: ha seguido los estudios en el colegio de los jesuitas de Soissons, porque su padre es rico y no ha omitido medio alguno para darle buena educacion; en una palabra, es un mozo cabal y de mérito. Además de las lenguas que se aprenden en los colegios, sabe el italiano, el español y el inglés, y en cuanto á cuentas y cálculos es un portentoso.

—Toda tu charlatanería no conduce á nada, dijo el ministro interrumpiéndole; ¿tratas de asesinarme de todos modos? ¿Y el alfiletero... y este infernal alfiletero?

—Ahora llegamos, respondió Bonvalot con una flema que hubiera exasperado á una persona menos predispuesta á encolerizarse que Dubois. Os

he dicho, monseñor, que Gerónimo (el jóven tiene el mismo nombre de pila que su padre, lo que es muy natural) es muy diestro en esto de cálculos, y si quereis convenceros de la verdad de lo que os digo, no teneis mas que abrir el alfiletero.

—¡Cómo! es decir que este maldito estuche no contiene mas que...

—Abrid el alfiletero, monseñor, repitió el cocinero.

—¿Luego has sido tú?...

—Abrid el alfiletero.

—Acceded, monseñor, dijo Chirac, al deseo del buen Bonvalot, que no tiene la mas mínima apariencia de envenenador; abrid el alfiletero.

El cardenal lo abrió, sacó un papelito arrollado con finura y atado con una cintita de color de rosa, y leyó la siguiente:

Suma.

L'Hopital.

Sully.

El cardenal de Richelieu.

El cardenal Mazarino.

Colbert.

Total: El cardenal DUBOIS.

Las lisonjas son como las balas de cañon: cuanto mas lejos se quiere que vayan los proyectiles, tanto mas se aumenta la carga de pólvora; cuanto mas eficacia se quiere dar á las adulaciones, tanto mayor debe ser su exageracion. Y lo mas notable es, que los hombres poderosos y menos dignos de ser ensalzados, son los que se muestran mas sensibles á esas apoteosis de estilo que los trasforman en héroes ó semidioses.

El cardenal quedó asombrado con el extraño medio empleado por el pretendiente para lograr su intento.

—Monseñor, dijo entonces el cocinero, Gerónimo es inocente; la estratagema es únicamente obra de mi hija Juanita.

—¡Pues me gusta la idea! exclamó el ministro; la niña me ha causado tanta indignacion como temor.

—Aun no he acabado mi historia, monseñor, dijo Bonvalot.

—Pues ¿qué falta? preguntó el cardenal, que habia recobrado la calma.

—Que no sé, monseñor, lo que ha sucedido: pero que Juanita ama á Gerónimo y él ama á mi hija, que sus dos corazones se han prendido en el fuego del amor como la estopa, y en una palabra, que estamos tratando ya de casarlos. Las hijas, monseñor, son guisos de difícil elaboracion, y las salsas, quiero decir, los *dotes* que les dan sabor, se componen de especias muy costosas para un pobre cocinero como yo... Si vuestra eminencia se dignara conceder, en pago de la suma, un empleo en sus oficinas á mi futuro yerno Gerónimo Gobain...

—Venier, dijo el cardenal volviéndose hácia su

secretario, ¿creeis que sea posible colocar inmediatamente á ese jóven entre mis subsecretarios?

—Monseñor, respondió Venier, hay una plaza vacante que ha dejado el que acaba de desertar con armas y bagajes á Inglaterra, es decir, con los secretos de Estado que va á tener la desvergüenza de vender á nuestros amigos los ingleses. Si Bonvalot no se ha engañado acerca de las cualidades del sugeto que propone, vuestra eminencia hará una adquisicion muy útil al Estado.

—Bonvalot, dijo el cardenal despues de haber reflexionado algunos instantes, te he creido culpable de una accion criminal, y debo darte una satisfaccion. Regalo á tu hija Juanita un dote de dos mil escudos,

—¡Ah! ¡monseñor, monseñor!

—Y nombro á Gerónimo Gobain, tu futuro yerno, subsecretario con cien luises anuales de sueldo.

—¡Ah! ¡monseñor, me colmais de beneficios! exclamó el cocinero inclinándose.

—¡Bien, bien!.. pero no quiero mas alfileteros en los pollos ni se hable mas del asunto. Cenemos ahora, y para hacer las paces, trínchame el pollo, dame las alas y las piernas, y llévate tu alfiletero. ¿Que os parece, doctor?

—Que sacieis vuestro apetito, monseñor, respondió Chirac, pues vuestra digestion será excelente despues de haber sazonado el pollo con una buena accion.

—¡Cosa rara en los primeros ministro! murmuró el mordaz Venier, ¡y especialmente en su eminencia el cardenal Dubois!

A. DE B.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La feria de Sevilla cuéntase entre las de mas nota.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

